

Los fósiles, el aire

Aitana Carrasco Inglés

A pesar de haber viajado por Camboya, haberse bañado en el Mekong y haber explorado las ruinas de Angkor Wat, Aitana Carrasco sigue siendo pelirroja, muy simpática, lista y una extraordinaria ilustradora. De este viaje se trajo muchas cartas conseguidas en el suelo, el deseo de no trabajar en lo que no le apetece, la satisfacción de no haber pisado una mina y algún proyecto que se tiene entre manos y guarda en secreto. Su blog: <http://aitaneta.blogspot.com>

“Al despertar, recuerda con total claridad y detalle cómo en la fantástica excavación no sólo aparecieron fósiles desconocidos. También piedras y objetos de formas sorprendentes, refinadas geometrías con significados ocultos, originales alfabetos y jeroglíficos indescifrables”
Miguel Calatayud

I. El viento

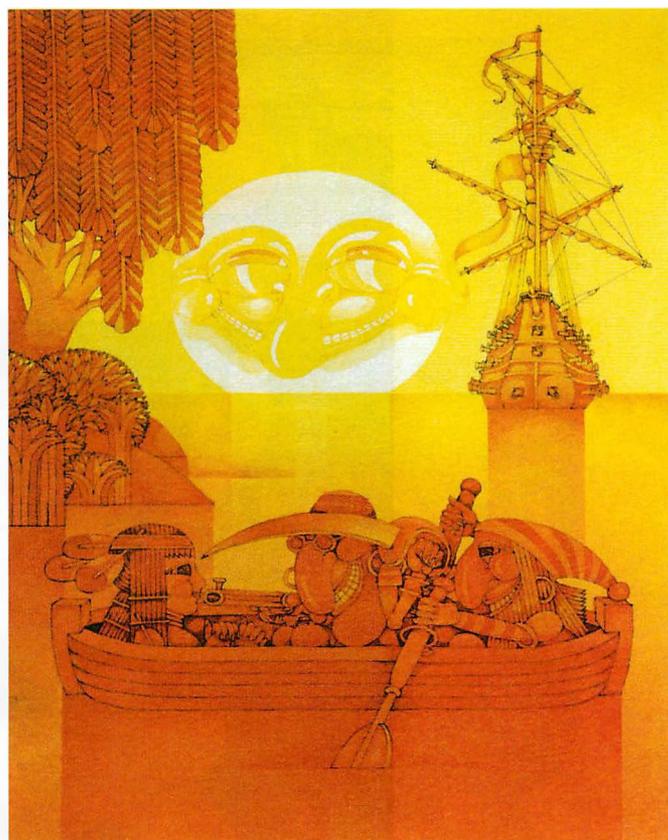
Cuando yo era pequeña, en mi casa había muchos libros ilustrados. También en mi escuela. Yo tenía mis favoritos, como es normal. Ocurrió que muchos de ellos se rompieron, pasaron de mi casa a la de los primos o la vecina, se perdieron, etcétera. Esos libros favoritos se me fueron olvidando; fueron siendo desbancados por otros, y estos por otros, y así sucesivamente conforme iba creciendo.

Pasó el tiempo y cumplí los trece. En mi escuela, como cada año, celebramos la Semana de la Ciencia. Aquel curso el título era, lo recuerdo bien, “El viento”. Habíamos trabajado sobre el tema en las distintas asignaturas. Al final del trimestre, todo lo realizado se colgó en las paredes y, además, hubo una exposición relacionada con el viento, para la cual cada quién trajo de casa cualquier cosa que tratara en mayor o menor medida sobre el asunto: instrumentos musicales, cometas, veletas, libros... Yo llevé un tratado de vela que encontré en la biblioteca familiar y una armónica.

El evento se celebraba siempre en sábado. No recuerdo nada de ese día, sólo que en la exposición vi una maqueta de un gran barco armada por el abuelo de alguien que me impresionó mucho y un álbum ilustrado que llamó mi atención desde lejos: *Soy el aire*. Me acerqué y tomé el libro. Su recuerdo permanecía enterrado en mi cabeza, como un fósil y, hasta que no lo vi, no lo supe: “¡Éste era mi libro favorito cuando era pequeña!”, exclamé una y otra vez y lo mostré a todo el mundo, queriendo hacerles partícipes de tanta emoción, como si las corrientes eléctricas que recorrían mis neuronas en aquel momento no sólo me ocurrieran a mí. La maestra que había traído el libro a la exposición me vio, me escuchó, se conmovió y me dijo “Quédatelo; mis hijas no le hacen mucho caso”. Y yo pensé que me decía lo de sus hijas para quitarle importancia al hecho de regalármelo, porque estaba segura de que también debía ser el libro favorito de ellas y yo les estaba robando un recuerdo.

II. La memoria

Siempre me han fascinado los mecanismos de la memoria: cómo retenemos unas imágenes en el recuerdo y otras no, cómo hay imágenes que dejan improntas imborrables y otras, la mayoría, pasan de largo. Hoy pienso que es probable que las hijas de mi maestra en verdad no le hicieran caso a aquel libro; que, por unos u otros motivos, aquellas ilustraciones no llamaran su atención. La memoria es selectiva: retiene y almacena sólo lo que quiere, lo que le interesa o lo que cree nos va a servir algún día para algo.

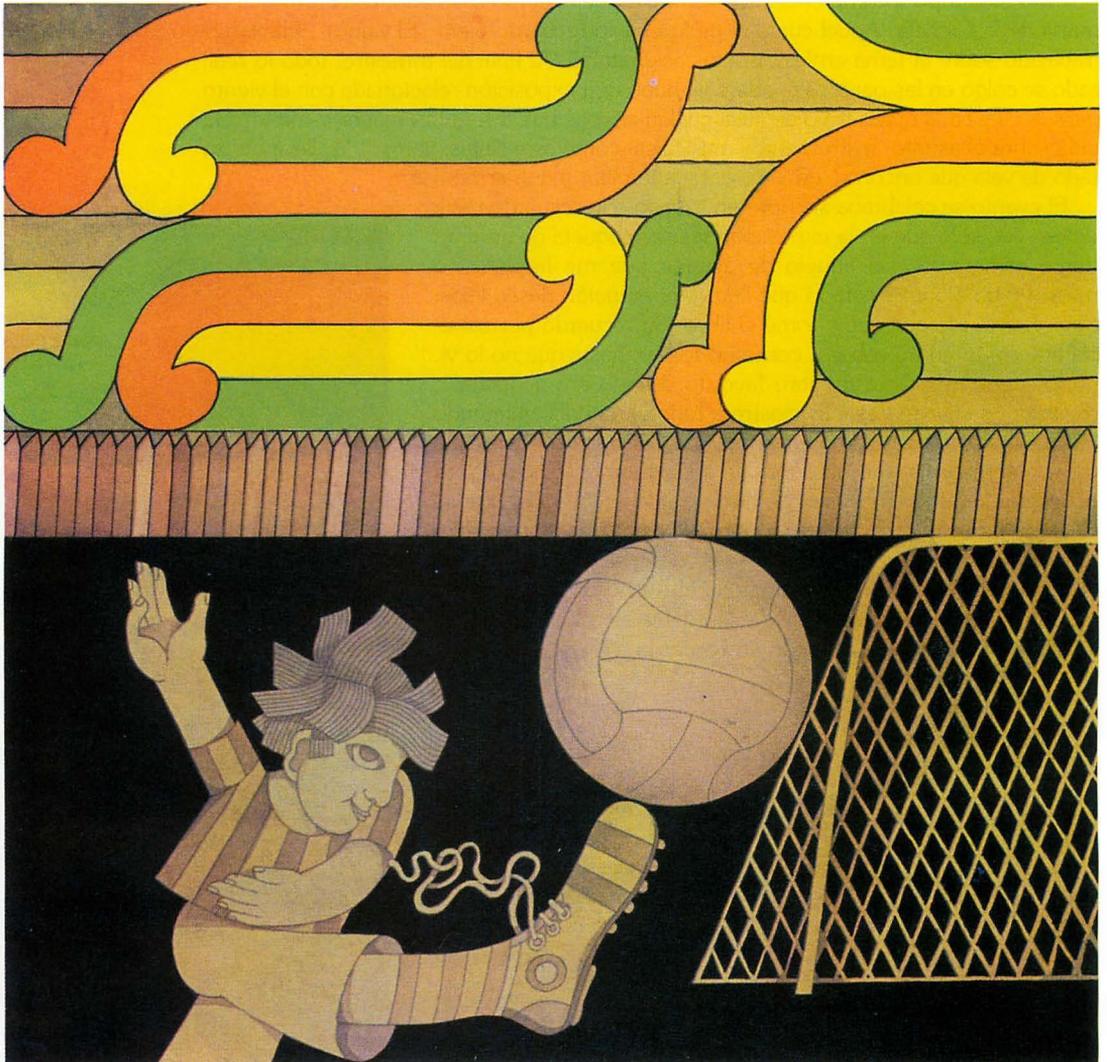


Algunas veces, como aquel día de mis trece años, un estímulo despierta un recuerdo dormido, y éste viene de la mano de otros, en cadena. Frente a la mesa de la exposición, recordé que al ejemplar de *Soy el aire* que yo tuve en mi niñez y que luego perdí, se le desprendieron muy pronto las tapas de tanto abrirlo. Recordé que en el reverso de la portada rota había un dibujo hecho con un rotulador negro y grueso por mi tío Max: una niña con pecas. Al abrirlo y leerlo de nuevo, me di cuenta de que no recordaba la historia, ni siquiera el título, y, sin embargo, sí recordaba que había formas dialectales y conjugaciones verbales del catalán que no se usaban en Valencia y que yo no comprendía. Eso sí: recordaba las ilustraciones perfectamente, cada una de ellas, casi en el orden correcto. Tampoco las comprendía por completo. El ilustrador (eso tampoco lo recordaba) era Miguel Calatayud.

En su proceso de selección, la memoria retiene más y mejor las imágenes que los textos. Éstas tienen mayor impacto en los procesos cognitivos y son mucho más propensas a formar parte de nuestra memoria a largo plazo, dado que crean recuerdos multisensoriales al ser procesadas por el hemisferio cerebral derecho. La intensidad de esa imagen es decisiva: cuanto más traumática o más placentera resulta, a menor superficie la entierran las capas del olvido.

III. La huella

Al observar una imagen, su impacto se refleja en el cerebro como si fuese una huella. Cuando la calidad de la representación es excepcionalmente buena o la intensidad emocional del impacto es profunda, la grabación se produce de manera automática, sin necesidad de repetición ni estudio. Sin imágenes, es más difícil que un libro se asiente en la memoria a largo plazo. Es más: es posible, como en mi caso, que de un libro sólo recordemos las ilustraciones, después de muchos años de haberlo leído.



No hace mucho, en el MUVIM de Valencia hubo una gran exposición retrospectiva de la obra de Miguel. El día que fui a verla fue como excavar en mi memoria. Volvió a ocurrirme lo mismo que en la exposición sobre el viento de mi escuela, y comprendí que no es que *Soy el aire* fuese mi libro favorito de niña, sino que Miguel Calatayud era mi ilustrador favorito. Vi carteles y recordé los lugares exactos donde estaban colgados. Vi un cómic y un fondo del mar. Vi los pájaros y las plantas y las flores y los árboles y los insectos y las escafandras. Vi las palmeras y las lunas y los soles. Y los pelos y las trenzas y las tetas. Las nubes, las olas, las burbujas y los peces voladores y los ojos de buey. Sabía perfectamente cuáles de esas imágenes había visto antes y cuáles no: mi cerebro las había fosilizado y ahora el aire les barría el polvo. Y un sinfín de recuerdos dormidos despertaron, porque las imágenes venían acompañadas de luces, de olores e incluso del tacto de la pared estucada de mi habitación infantil o de la vibración que producía en mis músculos faciales el hecho de apoyar la frente en el cristal del autobús escolar que nos llevaba al teatro.



IV. El miedo

Han pasado veinte años desde que yo tenía trece. Ahora soy ilustradora. Sé que mi iconografía está formada por todas las cosas, enterradas o no, que forman parte de uno u otro modo de mi memoria, y soy consciente que de muchas de esas cosas tiene la culpa Miguel Calatayud. A raíz de su exposición retrospectiva y de todo lo que despertó en mí, me he preguntado por qué sus ilustraciones se quedaron grabadas a fuego en mi cerebro. No creo que sea un proceso, el de la memoria, para nada caprichoso, aleatorio ni casual. A pesar de lo que se empeña en creer mucha gente, los niños tienen capacidad crítica para apreciar la buena ilustración. Seguramente la niña que fui supo apreciar todos los elementos formales que hacen de la obra de Miguel una buena obra; seguramente me vi reflejada de algún modo en su imaginario y reconocí algunos mecanismos de representación como propios: las perspectivas, los tamaños, la repetición, la línea de contorno... Pero la verdad es que esto solo lo supongo, porque no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo, lo único que recuerdo, es que no entendía del todo sus ilustraciones y eso me gustaba, me hacía regresar a ellas. Además, eran imágenes que nunca me dejaban indiferente: estaban llenas de colores y de detalles que me inquietaban, me desasosegaban e incluso me daban miedo. Las figuras se amontonaban a veces en el papel y yo sentía que me ahogaba: permanecían en posturas que, pese a parecer naturales, resultaban de alguna forma incómodas. Algunos personajes destilaban una sensualidad que yo no sabía muy bien dónde meter. Y había cañones y garfios afilados y árboles que me parecían cerillas encendidas. Había ojos y párpados que me hipnotizaban. Bocas llenas de dientes. Chimeneas. Humo. Manos con uñas. Líneas precisas: rectas y curvas. Sonrisas raras. Labios. Cuchillos. Miedo. Lo que más recuerdo es el miedo que sentía al contemplar ciertos detalles: los ojos-faros de un coche; las máscaras antiguas, el viento violeta, la mirada de reojo de un oso, la silueta de un hombre que casi no cabía en la ventana de una casa...

En esa etapa en que no estaba claramente establecida la división entre lo vivo y lo inanimado, lo visible y lo invisible, lo grande y lo pequeño, el miedo que yo podía controlar era una manera de ponerme a prueba, de medirme con la vida. Abría a las páginas, no sin cierto morbo, y sabía cuándo venían las imágenes que temía. Yo podía pasar la página cuando quisiera y el miedo se acababa. Y después volvía, siempre volvía.

El trabajo de Miguel Calatayud es complejo, impactante, estéticamente bello y formalmente rompedor. No está hueco y posee una fuerza y una potencia inusuales. En mi opinión, el mérito de su obra para niños es que no se diferencia de su obra para adultos en su manera de ser concebida: sus ilustraciones me respetaron como persona cuando niña, presuponiéndome inteligente y sabiéndome fuerte. Y eso no se olvida. ◀▶

